

cuán distintas fuentes investigaríamos para escribir su historia!

10. La gran empresa de la historia de la civilización; todavía está para resolver.—Si, pues, existe una obra importante y oportuna, digna de los esfuerzos de un corazón magnánimo, es ciertamente la historia de la civilización desde todos sus puntos de vista, es decir, desde el punto de vista natural y sobrenatural, interior y exterior, desde el punto de vista de la formación del espíritu y del corazón.

Pero semejante obra sólo podría hacerse refiriéndose á la historia de la vida de los santos. Únicamente si se los concibe como los más puros representantes de sus pueblos y como los más importantes acontecimientos de la civilización, únicamente si todos los otros acontecimientos de su época se representan en unión ó en oposición con ellos, tendremos por fin una historia de la civilización, en la cual la luz y las sombras estarán igualmente repartidas, y en la cual aparecerá la verdad de cuerpo entero, en una palabra, una historia del mundo tal cual es.

Sin los santos, es en realidad el mundo lo que nos dice el pesimismo: una tumba llena de podredumbre, un laberinto en cuya obscuridad se siente uno pésimamente.

Pero el que conoce á los santos, ve la historia y la humanidad á través de un prisma muy distinto. Ve muchas cosas censurables, pero ve igualmente que jamás ha enfermado una parte de la humanidad sin que el sabio Médico de los pueblos haya puesto en ella un grano de saludable sal curativa: un santo. El que los conoce, marcha á menudo por senderos tenebrosos, pero jamás en la oscuridad completa. Porque, aun en los tiempos más negros, encuentra siempre alguien en quien se han verificado las palabras: «Para que seáis irrepreensibles y sencillos como hijos de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandecéis como lumbreras del mundo». ⁽¹⁾

(1) Phil., II, 15.

CONFERENCIA XXV

EL PARAÍSO RECOBRADO

1. Belleza del mundo, allí en donde el hombre no la destruyé.—El viejo Bernardo Emmerich se complacía en hacerse acompañar por sus hijos, cuando por la mañana, muy temprano, se dirigía al campo. «Ved,—les decía—nadie ha pisado todavía el rocío. Somos los primeros, y si oráis con fe, serán bendecidos los campos. ¡Es tan hermoso ser el primero en hollar el rocío! ¡No es ello un signo de que ningún pecado se ha cometido aún en la llanura, de que ninguna mala palabra ha sido todavía pronunciada?» ⁽¹⁾

En tales términos, llenos de elevada poesía y profunda sabiduría, resolvió el sencillo aldeano westphaliano una cuestión difícil, que con frecuencia pone en aprieto á personas más instruidas que él.

Mediante la oración, la reflexión y el trabajo, los espíritus sencillos y rectos descubren, en la escuela de la naturaleza, mucho más fácilmente la verdad, que los sabios en la pesada atmósfera de las clases en que enseñan. Tal es la razón por la cual todos han podido comprobar que es más fácil hablar con ellos de las cosas más elevadas, y que á menudo manifiestan más interés y más inteligencia en las cuestiones tratadas por San Agustín, que los mismos supuestos sabios.

El vecino de la ciudad que abandona por un instante el tumulto que le rodea, darse cuenta de lo que acabamos de decir, cuando siente pasar el soplo poderoso del Espíritu Santo á través de los bosques, y cuando advierte la dulce sublimidad del Creador en el majestuoso silencio de las

(1) Schmöger, *Anna Kath. Emmerich*, (2) I, 35.

montañas. Pero es muy raro que alguien sea capaz de resumir sus impresiones como lo hace el pastor de Uhland:

«Es el día del Señor. Me encuentro solo en la vasta llanura. Muy temprano, el sonido de una campana hiere mis oídos, y luego el sonido hinche el espacio. Caigo de rodillas. ¡Oh dulce horror! ¡Oh soplo misterioso! Parece que numerosos adoradores invisibles oran en torno mío. Por donde quiera que dirijo mis miradas, aparece límpido y claro el cielo. Diríase que trata de abrirse. ¡Es el día del Señor!»⁽¹⁾

¡Ah, cuán bello es el mundo allí donde no lo profana el hombre! ¡Qué santuario tan sublime el vasto y elevado templo de la inmensa naturaleza! ¡Cómo abre con solemnidad sus puertas ante el hombre, cuando éste se presenta con excelentes disposiciones, para ofrecer, como gran sacerdote, al Creador el sacrificio de su adoración! ¡Cómo cada columna, cada tapiz de variados colores, cada candelabro de este templo, nos eleva con dulzura irresistible hacia su autor, el Dios que está en el cielo, con tal que los contemplemos con emocionado corazón! ¡Quién es el que en el interior de su propia conciencia no se ha dicho, al contemplar las estrellas: «Mira como la bóveda celeste aparece incrustada de brillantes láminas de oro. Entre todos esos globos que ves, no hay uno cuyos movimientos armoniosos no ofrezcan un encanto celeste y no se armonicen con los conciertos de los coros de querubines rebosantes de juventud y amor. Es la imagen de la armonía que anima á las almas inmortales; pero no podemos oirla mientras nuestra alma se halle envuelta en esta grosera envoltura de perecedera arcilla».⁽²⁾

2. Rebelión de la naturaleza contra el hombre, como castigo de su rebelión contra Dios.—Desgraciado y digno de piedad es el hombre obligado á confesar que jamás escuchó esta maravillosa armonía de la naturaleza, y que la considera como resultado de extravagancias religiosas. Aplí-

(1) Uhland, *Gedichte* (61) (Stuttgart, Cotta, 1877), 18 y sig.

(2) Shakespeare, *El Mercader de Venecia*, V, 1.

cáense á este hombre las siguientes palabras del poeta que acabamos de citar: «El hombre que no siente en su alma música alguna, que no se muestra conmovido por la armonía de dulces conciertos, es capaz de traiciones, estratagemas é injusticias. Lentos y sombríos como la noche son los movimientos de su alma, y negros como el Tártaro sus afectos. No os fiéis jamás de hombre semejante».⁽¹⁾

Pero ¿qué decir del desdichado que no teme destruir la maravillosa armonía de este gran himno de la Creación?

¿No es un criminal el que solamente busca sus complacencias en mancillar lo bello, en profanar lo santo? Pues bien, semejante dictado, por duro que sea, es merecido por el hombre, porque ha mancillado, devastado y destruído el templo de que era guardián y sacerdote.

Encargado de cultivar el jardín de Dios, ha dado pruebas de verdadero furor contra sus más hermosas flores. Plantas venenosas ha sembrado en lugar de las que le ofrecían sano alimento; ha ajado y mutilado todo lo que brotaba lleno de esperanza.

No es posible explicarse esto, de no admitir que las tinieblas han invadido su espíritu.

¡Qué espectáculo allí donde antes se alzaba el paraíso de Dios!

Todo yace en él sin orden ni concierto, como si por él hubiese pasado el enemigo, quemándolo y saqueándolo todo.⁽²⁾

Tal es la marcha del individuo, tal la marcha de la historia en general.

Pero el castigo no se hizo esperar largo tiempo, porque siempre es uno castigado por donde ha pecado.

Deber del hombre era someterse á Dios, y, en consecuencia, toda la naturaleza debía someterse á Él y reconocerle por su rey.

Pero, al rebelarse contra su Creador, la naturaleza se reveló contra él, para castigarle por el hecho de que, en

(1) Shakespeare, *Ibid.*

(2) Psal., LXXIX, 17.

vez de conducirla á su Señor común, haya querido arrastrarla en su rebelión. ⁽¹⁾

La consecuencia ha sido esa guerra encarnizada que la naturaleza ha declarado al hombre.

Allí donde abrimos las entrañas de la tierra, hallamos la prueba de esta lucha terrible. Aquí el fuego que ha devastado, y aun aniquilado, países manchados de pecado; allí el mar; más allá el hielo.

Y lo que estos enemigos le han dejado, de tal modo ha sido agotado por la cultura, que lo ha cambiado en desiertas estepas. Fácilmente podemos descubrir en el mapa los sitios en que en otro tiempo existían campiñas florecientes. Basta que descubramos un lago salado, una charca de exhalaciones mefíticas, un desierto arrasado por el sol, para que sepamos que allí se alzaban Nínive, Babilonia, Persépolis, Menfis, Efeso, Cartago. ⁽²⁾

Todos los elementos se han conjurado contra el hombre. El sol y el frío hácenle penosa la vida y devoran el fruto de su trabajo. Con frecuencia el agua y el fuego hácenle sentir su impotencia, no obstante todas sus medidas de precaución. Los animales le tienden miles de lazos para perderle. Si en otro tiempo sólo tenía que temer á los leones y á las serpientes, sabe hoy que, en cada gota de agua y en cada trozo de alimento, le amenazan centenares de peores enemigos. Porque, desde que el microscopio ha revelado los terribles misterios del mundo invisible, hasta debería tener miedo de respirar, para no absorber de una vez millares de gérmenes de mortíferas enfermedades.

3. Los santos han borrado la maldición que pesaba sobre la tierra.—Superfluo es aquí cuanto digamos para explicar tan triste hecho, si recordamos este pasaje de la Escritura: «Dios arma á sus criaturas para vengarse de sus enemigos». ⁽³⁾

(1) Sap., XI, 17.

(2) Augustin., *Psalm.* 143, 6; *Civ. Dei*, 19, 4, 4. Bernard., *Fest. Omn. Sanct.*, 1, 9.

(3) Sap., V, 18.

Pero, recíprocamente, toda causa de lamentaciones y de miedo desaparece, cuando meditamos este otro pasaje: «Porque la criatura, sirviéndote á ti, Hacedor suyo, redobla los ardores para atormentar á los injustos, y los mitiga en beneficio de aquellos que en ti confían». ⁽¹⁾

La verdad de este segundo principio está comprobada por modo tan irrefutable en la historia de los santos, como lo es la del primero por la de la tierra y de la humanidad.

Los santos están en oposición completa con el mundo, no sólo por su vida interior y su influencia moral sobre la sociedad que los rodea, sino también por los resultados externos de su actividad.

Lo que Dios dijo al hombre en los primeros días de su historia: «Maldita será la tierra en tu obra», ⁽²⁾ se ha realizado, y lo que todavía no lo ha sido por completo, marcha siempre á su realización.

Por lo contrario, la actividad de los santos, en todas las épocas de la Iglesia, es la prueba más evidente de que San Agustín decía la verdad al afirmar que, por medio de ellos, había sido renovada en todas partes la faz de la tierra. ⁽³⁾

«Hombres hay—dicen Plinio y Eliano—que en todo su cuerpo, aun en sus ojos, parece que tienen algo de venenoso y de dañino». ⁽⁴⁾ «Su mordedura es más peligrosa que la de un animal». ⁽⁵⁾ «Su saliva produce el mismo efecto que el veneno». ⁽⁶⁾

Los descubrimientos modernos han confirmado esta última afirmación.

Ahora bien, los santos, á ejemplo del Salvador, ⁽⁷⁾ se han servido igualmente de su saliva para obrar sus curaciones, v. g., San Hilarión. ⁽⁸⁾

(1) Sap., XVI, 24.

(2) Gen., III, 17.

(3) Augustin., *Gen. ad lit.*, 10, 8, 14.

(4) Plin., 7, 2, 10; 18, 1, 3. Ælian., *Var. hist.*, 10, 12.

(5) Plin., 28, 8 (4), 1. Ælian., *Nat. an.*, 2, 24; 9, 15.

(6) Ælian., *Nat. an.*, 2, 24; 7, 26.

(7) Marc., VII, 33; VIII, 23.

(8) Hieron., *Vita S. Hilarion.*, 15 (Vallarsi).

Allí donde el hombre fija su planta y mete su arado, allí crecen espinas y abrojos en abundancia, ⁽¹⁾ como dice la Escritura.

Sin duda que nuestros adoradores de la naturaleza se mofan de semejantes afirmaciones; pero podrían ahorrarse el trabajo de inventar burlas, si pensasen en el regalo que nos han hecho al difundir por todas partes la enfermedad de la patata, la filoxera y otras llagas de esta especie, como en otro tiempo los cruzados, que desconocían la naturaleza.

Los santos, y sus discípulos los monjes, especialmente los benedictinos y los cistercienses, han poseído; por lo contrario, el secreto de hacer crecer uvas sobre espinas, de transformar las piedras en trigo y la arena en frutos deliciosos. Se ha dicho que, para ellos, no había terreno estéril. Han plantado viñas en regiones en que, destruídos los monasterios, ni siquiera crecen lianas; y, aun en los países situados más al Norte, han sabido dar al vino el más exquisito aroma.

Cuando hoy llega á puerto un navío, quisiéramos que desapareciese con toda su carga por miedo bien fundado de que lleve al país el cólera ú otra plaga internacional. Pero Honorato de Arles abordaba audazmente á Lérins, donde nadie se atrevía á poner el pie, á causa de las numerosas serpientes que allí había, y en poco tiempo, quedaba transformada esta isla en verdadero paraíso. ⁽²⁾ Cuando el cuerpo de San Francisco Javier tocó en Malaca, la peste, que hasta entonces había resistido á todos los medios, cesó de repente por sí misma. ⁽³⁾

Así, podemos repetir con toda verdad las palabras del profeta: «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiese dejado semilla, seríamos como Sodoma y Gomorra». ⁽⁴⁾

Esta semilla son los santos. La antigua civilización ha-

(1) Gen., III, 18.

(2) Hilar. Arelat., *Vita S. Honorati*, 3, 15.

(3) Guérin, *Les petits Bollandistes*, XIV, 43.

(4) Is., I, 9. Rom., IX, 29.

bía convertido la tierra en un desierto tal, que los hombres retrocedían y cedían el paso á los animales feroces. ⁽¹⁾ Sólo los santos han tenido valor y fuerza suficiente para hacer habitables y fértiles los países más abandonados.

Si únicamente se hubiesen encontrado diez justos en Sodoma, ⁽²⁾ y un solo santo en Jerusalén, ⁽³⁾ hubiese perdonado Dios á estas ciudades.

Felizmente, encuéntrase el mundo en mejor situación desde Jesucristo. La tierra que ya se creía condenada á no engendrar más que monstruos y animales salvajes, si con todo era aún capaz de producir algo, vió de nuevo hombres de belleza, poder y perfección inauditos. Y éstos le salvaron la vida con la fuerza sobrenatural que en sí llevaban encarnada.

Hasta entonces, y sobre todo en los tiempos del paganismo en decadencia, no parecía sino que el hombre sólo existía en la tierra para desfigurarla, agotarla é inutilizarla para lo porvenir. Pero bien pronto apareció otra generación, que realizó por completo la sentencia: «Todos los pueblos serán en ti benditos». ⁽⁴⁾

4. Los santos han suprimido ó cambiado las leyes de la naturaleza.—Con los santos, nueva vida y nueva fuerza descendieron sobre la tierra. Así como del Rey de los santos brotaba una virtud que arrojaba todas las enfermedades, así también la naturaleza sensible pareció transformarse en todas partes donde la rozaban siquiera fuese con el borde de sus vestidos ó las suelas de sus sandalias.

En ellos se realizó lo que les había prometido: «Han arrojado los demonios, han hablado nuevas lenguas, han cogido serpientes, han bebido veneno, sin sentir mal alguno, han impuesto las manos á los enfermos, y han sido curados». ⁽⁵⁾ «Han hecho milagros más grandes que los de su Maestro». ⁽⁶⁾

(1) Cf. Vol. I, Conf. II, 3 y sig.—(2) Gen., XVIII, 32.

(3) Jerem., V, 1.—(4) Gen., XII, 3.

(5) Marc., XVI, 17, 18.—(6) Ioan., XIV, 12.

Para los santos, parecen suprimidas las leyes naturales, ó mejor, reemplazadas por fuerzas sobrenaturales superiores.

Verdad es esta que no necesita explicación, ni mucho menos defensa.

Como dueño del sábado, el Hijo del hombre puede elevarse sobre la ley del sábado. ⁽¹⁾ Del mismo modo, las leyes de la naturaleza le están sometidas en su condición de Señor de la naturaleza.

Ahora bien, lo que por sí mismo puede hacer, puede también hacerlo ejecutar por sus miembros. Si los santos no hubiesen probado su poder en la naturaleza y en sus leyes, casi podría dudarse del principio de que todos los arraigados en la fe, en la gracia y en la virtud son miembros vivientes del Hijo de Dios vivo.

Considerados desde este punto de vista, los milagros son tan naturales para los santos como lo eran para Jesucristo en virtud de su divinidad. ⁽²⁾ Si nada hay de asombroso en que el poder divino se manifieste en el Jefe, ¿por qué asombrarnos de que aparezca también en los miembros?

El asombro que experimentamos por los milagros de los santos, nos prueba una vez más que los hombres pasan por alto las cosas esenciales, y se aferran á las accesorias. Lo principal es que Dios haya habitado visiblemente la tierra en forma humana. Que bajo esta envoltura humana haya realizado acciones divinas, es completamente natural, de tal modo que tendríamos motivo para dudar de la Encarnación de Dios, si no la hubiese demostrado con obras en relación con ella.

Así, en el fondo, todo lo que en esto hay de maravilloso consiste en que los hombres puedan convertirse en miembros de Jesucristo.

El que cree en esta doctrina de la Revelación, no se asombrará en manera alguna de los milagros de los san-

(1) Matth., XII, 8.

(2) Thomas, 3, q. 13, a. 2.

tos. La persona, las acciones, las palabras de Jesucristo lo son todo. Que Jesucristo haga milagros por medio de sus santos, ¿cómo ha de sorprender al que cree en la persona del Salvador y en su obra sobrenatural?

El que tiene fe, no pregunta si los milagros son posibles, sino que procura ante todo que el fin de los milagros se verifique en él, á saber, la consolidación de la fe en el poder y en la palabra de Jesucristo.

Ahora bien, todos los milagros de los santos no son más que continuación de los de Jesucristo, ó cumplimiento de las promesas que ha hecho á los suyos.

Los millares de curaciones milagrosas que San Pedro, San Pablo y tantos otros santos han obrado, muestran que Jesucristo, no sólo ejerció su virtud curativa durante tres años, no sólo fué médico de los judíos, sino también médico y salvador del mundo entero.

Cuando San Pablo queda á salvo del veneno de la víbora, ⁽¹⁾ cuando, con el signo de la cruz, hace San Benito inofensivo el veneno, ⁽²⁾ cuando San Gregorio Taumaturgo ⁽³⁾ y Nonnoso dan otro lecho á los arroyos, y cambian de sitio las montañas, ⁽⁴⁾ vemos en estos hechos la realización de la profecía del Salvador, ⁽⁵⁾ lo mismo que en la erupción de las persecuciones contra los cristianos. ⁽⁶⁾

Del mismo modo, no hay motivo alguno para que nos mostremos sorprendidos de que Cristina Mirabilis y San José de Cupertino ⁽⁷⁾ puedan sostenerse como pájaros en la cima flexible de un árbol, ⁽⁸⁾ ó caminar sobre las aguas; ⁽⁹⁾

(1) Act. Ap., XXVIII, 6.—(2) Gregor. Magn., *Dialog.*, 2, 3, 8.

(3) Basil., *De Spirit. Sancto*, 29, 74. Greg. Nyssen., *Vita S. Greg. Thaumaturg.*, n.º 12 (Galland. III, 450).

(4) Gregor. Magn., *Dial.*, 1, 7.—(5) Matth., XVII, 19.

(6) Ioan., XVI, 2 y sig.—(7) Pastrovicchio, *Vita S. Josephi Cup.*, 3, 32.

(8) Thomas Cantiprat., *Vita S. Christ. Mirabilis*, 2, 15. Nos referimos aquí con la mayor tranquilidad de ánimo á la vida muchas veces citada de esta sierva de Dios. Por lo menos, los hechos indicados aquí no contienen nada de extraño en sí mismos. No creemos que haya necesidad de dar nuestra opinión sobre la descripción de su vida. Tampoco queremos tocar la cuestión de porqué motivo se llama al autor «gran hablador ante del Señor».

(9) *Ibid.*, 1, 10.